

los dos para vengar tu ofensa. Y le conté sin omitir ningún pormenor todo lo ocurrido. Lo de la demencia se me puso en la cabeza en el acto de verte desesperado pensando en que tu crédito andaba en plaza, para aquietar tu espíritu, y para darle un sesgo al negocio, tus asuntos los he visto como míos, si de mi mano hubiera estado evitarte esa pesadumbre aun á costa de mi sangre, la hubiera vertido gustoso, si ese Patrañas no violenta su fuga, estaba resuelto á despacharlo con un recadito á Lucifer, y cargar sobre mí solo las consecuencias de un crimen, tuve tentaciones hasta de ver si conseguía hacer á esa mujer entrar en razón, á ayudarle á ocultar su perfidia y engañarte, por tal de que no sufieras un cruel pesar, pero me hizo cambiar de opinión su genio indómito, su vanidad, su vicio á la prostitución y sobre todo, su índole perversa y sin vergüenza. Ahora, juzga de mi proceder como gustes, si erré el camino no lo tomes á vileza, mis intenciones han sido las más puras, tus males me afectan, siento tus pesares, y lamento tu fatal estrella, un sino tan maldecido, y un mal irremediable.

— Perdóname, Juan, si he dudado de tu buena amistad, conozco todo, me convido con tus razones, dices muy bien, mi mal no tiene remedio, nací predestinado, ¡maldita sea mi suerte tan desgraciada, y la hora en que por aspirar en tener en mi casa una catrina, me eché en el seno una harapa, una salamanquesa, una lumbré que me quemará las entrañas! Yo no quiero estar por aquí, Juan, necesito divagarme, ocuparme por ahí lejos donde nadie me conozca, donde al verme no me señalen con el dedo diciendo: — Pobre hombre tan... de buena alma, donde no me vaya la fatalidad á presentármela delante, porque no sé lo que el diablo me aconseje en ese instante; ella ha tomado para el Bajío, yo quiero ir por opuesto rumbo, José López mi tocayo, ha seguido en sus viajes comerciando en la rama, pienso juntarme con él, parar desde luego un chinchorrito, dejar esta vida sedentaria por otra activa, estirar las cuerdas, y ya que tú eres el firme apoyo de Lupe y te has constituido padre de mi hija, lo cual te agradezco en el alma, déjame ir por esos mundos de Dios á arriesgar un poco el pellejo, á ver si de un pelotazo me quitan de padecer, porque la verdad, hermano, si no tomo este partido pronto me llevarás á México á

San Hipólito, ó al camposanto de la Villa, aquí no tengo un instante de tranquilidad.

— Vamos á ver á José López, le dije, el llanto tras el difunto. En menos de ocho días quedó arreglado este negocio, y partió José con su antiguo apodo de Chepe Botas, á juntarse con el otro José que le decimos Pepe el Diablo, le tenía tanto miedo á su catrina, que los pocos de días que estaba en casa realizando, salía como muchacho espantado mirando por todos lados, andando espacito, sacando tamaños ojos y creo que hasta conteniendo la respiración, violentísimo por marcharse luego que nos abrazaba y hacía cariños á su hija.

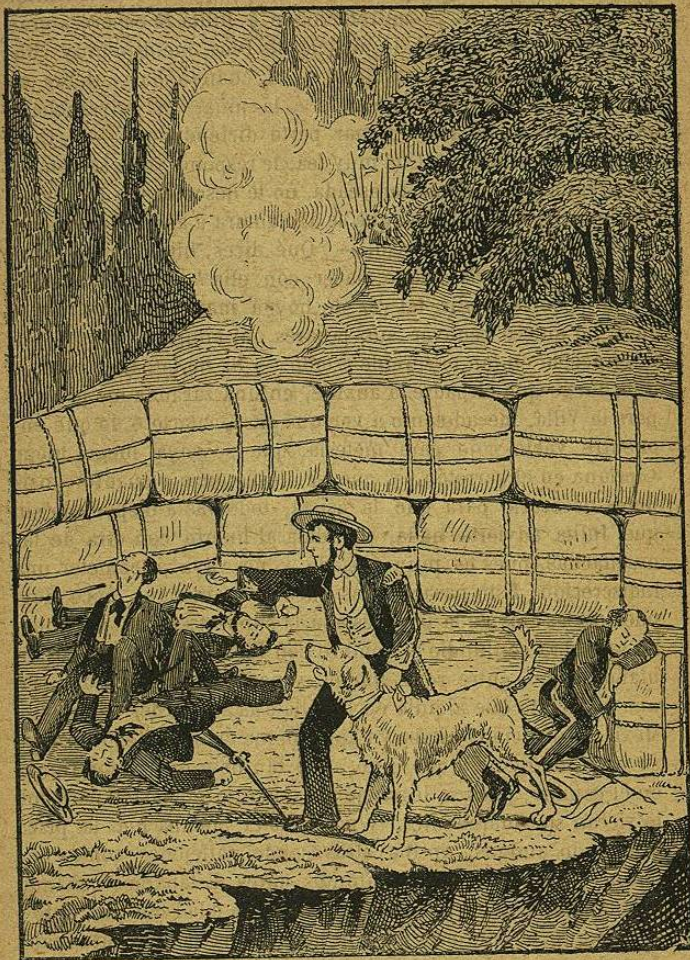
Ya habían pasado más de siete meses del nuevo giro de Chepe, cuando estando yo en el despacho llegó una de mis rancheras diciendo: — Señor amo, ahí está en mi jacalito desde ayer una pobre mujer enferma que llegó pidiendo posada y una tortilla dura por amor de Dios, está muy mala, se ha ido poniendo de mal en peor, ya le empiezan á dar parasismos, y le aviso á su merced para que mande por el padre, no se vaya á morir sin confesión. — ¿Pues qué tiene, tú? preguntó Lupe que estaba á mi lado cosiendo. — Quién sabe, niña, está hecha una espina y toda llena de llagas, con un flujo que por más que hemos hecho no se le corta más que de rato en rato. — ¿Pero no dice quién es? ¿cómo se llama? — Sí, niña, nos dijo que es Luisa, y que para acá venía, preguntó por el amo de antes, y como luego luego comenzó á agravarse ya no pudo decir más. — Vamos á verla, Juanito, me dijo Lupe parándose. Le grité al caballero mandándole que ensillara y fuera corriendo por el padre, le dí el brazo á mi mujer, tomé á la chiquilla una manita y marchamos para la rancharía. — Qué mano tú, me dijo Lupe, que... — Eso mismo me sospecho, le respondí interrumpiéndola, y lo que siento es que cierto gallo no debe dilatar, es preciso evitar á toda costa un suceso feo.

Llegamos al jacal, allí estaba aquella infeliz hecha una lepra, asquerosísima, parecía un esqueleto, de mucha gravedad, sin más abrigo que unas hilachas que la mal cubrían, tirada en un pedazo de petate y puesto encima un guangoche que le prestó la vecina; todo lo vi de una ojeada y me salí luego con la chiquilla disimulando mi impresión para no darle motivo de cu-



riosidad, estuvo Lupe ayudándola á curar y haciéndole varios remedios, mientras yo entreteniendo á Julita la esperé á gran distancia. — Es temible la justicia de Dios, me dijo muy condolida al juntarse con nosotros. — Sí, cuando hay culebra en el charco, le contesté señalando á la niña, que vivaracha y preguntona luego quiso tomar parte diciéndome : — ¿Cuál culebra, papacito? — Una muy fea, le respondí, que se come á los preguntones de una tarascada, no te descuides y te vaya á dar una. La mandó Lupe que se adelantara á abrir el despacho, y fuimos marcando el paso. — ¿Qué dices, hijo, de esa pobre mujer? ¿qué sería bueno hacer con ella? aquí no tenemos donde poderla asistir, tal vez de hoy á mañana puede llegar José, no quiero renovar sus pesares, ni tampoco dejar á esa desgraciada en tan miserable estado. — Si no te parece mal, le dije, luego que el padre la auxilié, en una zaranda me la llevo para la Villa, me adelanto á ver qué casa, cuarto ó lo que encuentre vacío cojo para meterla, que se vaya luego luego Cipriana en el carretón, y que se lleve cama y cuanto consideres necesario para que la asista, todo vas á disponerlo sin que Julita advierta nada, mándala al huerto con otra de las muchachas, pues es muy avisada y no vaya á cometer una indiscreción. Esto pasaba á las once de la mañana, poco después de las tres de la tarde estaba la supuesta Luisa que aquella ranchera confundió el nombre con Elisa, acomodada en un blando lecho, entre ropa limpia, y perfectamente curada, en una casuchita que alquilé en la villa á la salida del camino de México, á las cinco estaba yo apeándome cuando llegó José de su viaje, de manera que si no ando tan listo nos encontramos en el camino, pues se le antojó pasar por la población para que lo vieran sus marchantes, y mientras él andaba por la plaza saludando amigos, yo iba atravesando callejones con la enferma y salí de regreso minutos antes. Estábamos cenando cuando Julita con el candor propio de su edad me preguntó : — ¿Y qué sucedió por fin con la enferma del jacalito, papá Juancho? — Se la tragó la culebra, le respondí secamente. — ¿Qué tal? decía yo entre mí, si no tomo tanta precaución esta uditas todo lo despepita.

Esta vez que deseaba yo que cuanto antes se largara Chepe



Corre, Sultancillo, lleva esta fatal noticia.



se le metió el demonio, el hombre estaba muy tranquilo des-  
pendiendo despacio, yendo y viniendo á la población; la en-  
ferma á fuerza de las medicinas pudo durar cuatro días; iba yo  
con José entrando á la villa cuando me encontré con el que me  
venía á anunciar que había expirado, antes que me hablara le  
dije sin darle tiempo: — Vuélvete, ya voy para allá. Se vino  
tras de nosotros y al parar enfrente de la tienda grande me  
dijo: — ¿Compro las velas para encendérselas á la difunta?  
Me puse hecho un chile, él se abochornó, y por no darle á José  
más en que pensar le aventé dos pesos diciendo: — Cómpralas.  
— ¿Qué difunta es esa? me preguntó José algún tanto  
alarmado. — La madre de Eustaquio, aquella pobre señora que  
nos vino siguiendo de Pantitlan, ¿no te acuerdas de ella? —  
No hago memoria. — No es extraño, tú jamás entrabas á la  
cocina de mi casa. — ¿Pues por qué te incomodaste porque te  
consultó ese hombre lo de las velas? — Porque me da coraje  
que sean entrometidos, seguro está que se me olvidara mandar  
por ellas, allá hay tiendas más cerca, para qué es ir las car-  
gando desde aquí. — ¿A qué hora te vas, Juan, ó dónde nos  
juntamos? — Hombre, tengo que arreglar lo del entierro y  
debo dilatarme. — ¡Ah! pues entonces te acompañaré, con  
eso te ayudo en algo, mi negocio es ligero y de vuelta lo arre-  
glaremos, vamos á ver á la difunta. — Vamos, le dije discu-  
rriendo el modo de no darle en que maliciar. Llegamos á la  
casita, me apeé y le dí las riendas de mi caballo entrando vio-  
lento solo para dar órdenes á Cipriana, llegó el de las velas y  
por comedimiento cogió mi caballo, se apeó José y cuando  
menos me lo esperaba, ya estaba á mis de mí en la misma  
pieza de la muerta, y arrimándose á la cama le alzó un poco  
el trapo con que tenía cubierta la cara, la vió, y dando la vuelta  
haciendo un gesto me dijo: — De veras que está esta mujer  
horrorosa, me alegró no haberla conocido, y siento el haber  
sido curioso, se me ha asqueado el estómago, ¡pobre infeliz! y  
se salió violento al patio, tal fué el asco que le dió ver aquel  
semblante llagado en que en otro tiempo él mismo se recreaba,  
por estar tan purpurino y rozagante. Salí cuanto antes, me lo  
llevé á la fonda á que tomara un poco de te mientras fuí al  
curato á arreglar el entierro que debía de ser el día siguiente,



y que comenzaran los dobles y demás anuncios fúnebres ayudándome él mismo Chepe para convidar á los amigos para la misa y entierro, á todo asistió conmigo de doliente, recibimos los pésames y nos largamos para el rancho; terminado que fué aquel negocio, todos los del pueblo y aun él mismo José, quedaron en la inteligencia de que Luisa se llamaba la difunta, que había sido mi pilmama, y como antigua y buena sirvienta de mi casa, le había yo profusamente pagado sus servicios haciéndole un gran entierro de toda pompa, pues solo el señor cura sabía la verdad desde que asentó la partida y le recomendé el secreto. Al regresar exclamó José medio apesadumbrado: — ¡Pobre mujer! ¿tú crees que la he soñado? — Vaya un niño que se asusta con los muertos, le respondí en tono de burla; tú dirás lo que quieras, Juan, pero como tenía otra tentación, si no me convenzo por mis propios ojos, esta es la hora que padezco la más grande incertidumbre, pues desde que llegué comencé á tener cuidado, porque alcancé en el camino á los peones que traían una zaranda, les pregunté y me contestaron que habían traído á la villa á doña Luisa que estaba lazarina, gálica, ó quién sabe qué enfermedad tenía, quise saber si era de la casa, y sólo me dijeron que la sacaron de uno de los ranchitos de los peones; en la noche mi hija te preguntó por la mujer enferma, y tú le contestaste muy serio con que la culebra se la había tragado, y para más aumentar mis sospechas se te paró la bola con que te pidieran para las velas de la difunta, todo contribuyó á que me ocurriera la idea de que tal vez Elisa había venido reconociendo el abrevadero á molestarlos de nuevo. — Tú no quitas el dedo del renglón, José, me alegro que te hayas satisfecho, eres tan suspicaz y malicioso, que es posible que todavía lo dudes. — Hombre, si te he de decir la verdad, sí. — ¿En qué te fundas? — En cierto presentimiento de mi corazón, y en tus hechos. — Explicáte. — Si tanto aprecio te merecía esa mujer, ¿por qué la tenías en el miserable jacalito de donde la sacaron los peones? — La tenía yo allí, porque siendo su enfermedad asquerosa y además contagiosa, temía que á Lupe ó la chiquilla se les pegara. — ¿Pues entonces por qué no desde antes dispusiste tenerla en la villa, y no mudarla á los últimos instantes? — Porque la quise

tener á mi vista, y después evitar en el rancho los trastornos que causaría su muerte, el velorio, viaje con el cuerpo, en fin, tanto como en estos lances acontece. — No me satisfacen tus respuestas, el gran entierro que se le ha hecho te condena; esa mujer no era para ti una simple sirvienta, en esto hay un misterio, explícamelo por vida tuya. — Pues como ya vuelves con tu tonadita de siempre me es preciso desengañarte. Esa mujer que tus ojos no conocieron, no ha sido otra que Elisa, ya está juzgada de Dios, ya viste la situación á que la condujo su necio orgullo y su vicio; la vispera de que tú llegaras hace seis días, mendigando un socorro y un rincón en que tirarse, llegó al jacal de donde al día siguiente la mandé sacar y conducir á la villa; á pesar de su situación tan miserable y estado asqueroso la reconoció Lupe, al momento arreglé su traslación, se le han ministrado los auxilios corporales y espirituales que han estado de nuestro arbitrio, tú lo has visto, ya no hay misterio, eres viudo, se condolió Dios de tu suerte, y ya puedes desechar tus tristes consideraciones y rogar por el descanso de su alma. — Jamás me ha engañado mi corazón, Juan, y si eres mi amigo debes primero tomar parte en mi pesar, pues aunque esa desgraciada fué para mí un martirio, al fin y al cabo era mi mujer, en segundo lugar, ayudarme á encomendarla á Dios y compadecerla, y después dar gracias al mismo Dios, porque tomando por sí el castigo de su infamia, nos ha quitado esa pena. Hizo el pobre su pesadumbre, ya no volvió á haber más misterios entre nosotros, y se dedicó con más tranquilidad á su trabajo, haciéndome hacerle un ofrecimiento. — ¿Me quieres, Juan? me preguntó. — Sí, hermano, le contesté, ¿cómo quieres que te lo justifique? — Con que me ofrezcas darme un tiro ó una puñalada, el día que veas que pretendo volverme á casar, mas que mi novia tenga todas las virtudes teologales escritas en la frente, sea más linda que Venus y la adoren por santa, ¿me lo juras? — Te lo prometo por mi amor á Lupe, es cuanto te puedo decir.

Después supe que abandonada Elisa por Patrañas, éste violentó su parto con una tunda de patadas, dejándola á mal parir y sin recursos, con la mejoría de estar muy aplicada del traquito, de modo que arrojando muerta á la criatura y mal asistida, quedó muy enferma tratando sólo de ahogar sus pesares y



remediar sus males con chinquirito, vagando de aquí para allí, causando horror y desprecio á todo el mundo, hasta que recorrió á la querencia, á morir como hemos visto.

Después se reunió Tacho con José, y éste lo presentó á Pepe y Alejo, luego yo hastiado de la vida sedentaria, quise volver al camino, con sólo mi mayordomo están bien asistidas mis labores, Lupe desempeña muy bien el despacho, y me alboroté á seguir los pasos de este viejo para tenerlo á la vista y darle la puñalada ofrecida en cuanto lo vea andar parando las orejas, y como los caballos estrelleros mirando para el cielo, alzando los pies para no tropezar; estas son en resumen nuestras principales aventuras, vds. juzgarán lo que mejor les parezca, ya cumplí con mi compromiso, y andando que el sol se mete.

Pocos días después tuvieron que lamentar la muerte del señor Garduño y uno de sus yernos, víctimas de una peste de fiebre que acometió por aquellos lugares, esto les causó un trastorno, Tacho tuvo que quedarse al arreglo de la casa, y en dos viajes no abandonó á sus compañeros, recogió á su hermana viuda y dos criaturas, luego sobrevino el fallecimiento de Manuel, y naturalmente Camila se llevó para su casa á Mariquita su hermana con tres chiquillos y fué engrosándose la familia, contaba Tacho con catorce talegas sin fondo, á quien mantener y vestir, quedó el otro cuñado encargado de todo, pusieron á un subarrendatario en la Soledad y continuaron en su empresa.

Por otro lado también hubo trastornos, murió D. Primitivo maestro de Astucia, y después encargado de la educación de Enrique, su hijo de Pepe el Diablo, á quien se llevó Lencho para Morelia á que concluyera su educación, colocó en la casa de un comerciante muy honrado cinco mil ochocientos pesos que su padre había reunido, para que con sus réditos legales según estilo mercantil se atendieran á los gastos de su colegiatura, y dejó al jovencillo muy recomendado en el instituto literario, sirviéndole de tutor el mismo señor D. Manuel que depositó el dinero por un favor particular, pues no tenía necesidad de él para su giro, con esto se le dió gusto á D. Juan que tenía empeño en que su nieto, como le decía, se aprovechara lo mejor posible, y tanto Pepe su padre, como Lorenzo se esforzaron para complacerlo.

## CAPÍTULO VIII

Total exterminio de los Hermanos de la Hoja. — El charro resucitado. — El Paraiso, y la fuga de Astucia.

Continuaron con mil afanes en su arriesgado comercio, presentándoseles cada día más inconvenientes, porque apareciendo porción de partidas que con el nombre de pronunciados, guerrilleros, contraguerrilleros y fuerzas del gobierno que andaban tras de éstos, muchas veces se vieron en la precisa necesidad de sostener formales combates para abrirse paso y proseguir su camino; á esto se agregó que sus directos enemigos ávidos de avaricia, se figuraban llenos de envidia, que si no abarcaban todas las cosechas de los sembrados de tabaco, se quedaban hasta sin camisa, era tal su codicia, que consiguieron órdenes para que en cualquier parte los auxiliaran las tropas del gobierno, aumentaron las fuerzas del resguardo de las Rentas, y en más de dos meses de una persecución continua lograron su ambicionado objeto, contribuyendo mucho, que habiéndose enfermado de gravedad el Bandolón, y muerto en un encuentro su segundo que lo sustituyó, quedaron atendidos los charros á la vigilancia de los *cardillos* sin haber podido encontrar por lo pronto unas personas de su confianza para reemplazarlos, pues la más gente del resguardo era nueva, por fin se valieron de un tal Atilano, llamado el Currutaco, quien después de estafarles cuanto pudo, cometió la vileza de venderlos para granjearse el aprecio de su jefe dándole un aviso oportuno, indicándole el sitio más conveniente para sus planes, y traicionó infamemente á los que había jurado servir bien.

Sesenta hombres del Resguardo, auxiliados por cien de los dragones de Seguridad Pública de Puebla, les pusieron una emboscada en la barranca de la Viuda en términos de Tlaxcala,